

## La coyuntura económica de Aragón a mitad del siglo XVII y el motín contra los valones

JESÚS MAISO GONZÁLEZ

### FACTOR POSITIVO: LA ENTRADA DE MONEDA CASTELLANA

El gran historiador de la Edad Moderna española A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, cuya obra tanta admiración nos merece, apunta hacia una calificación optimista de la coyuntura económica de Aragón a mitad del siglo XVII, cuando escribe que «ciertos indicios hacen pensar que las campañas de 1641-51 en la frontera aragonesa favorecieron a esta región, porque la estancia de los ejércitos, y varios años de la corte, derramaba gran cantidad de plata. Esta favorable coyuntura desapareció después de la Paz de los Pirineos, cambiando de signo con la de la región vecina» (Cataluña) <sup>1</sup>.

No cabe la menor duda de que la permanencia del ejército y de Felipe IV (1641, 1644, 1645, 1646) durante largas temporadas en Aragón con ocasión de la guerra de Cataluña favoreció que la plata castellana se quedase en este reino acreciendo la demanda que estimula la actividad económica. Es decir, desde este punto de vista la guerra de Cataluña fue un factor positivo a la hora de calificar la coyuntura económica de Aragón a mitad del siglo XVII. Nos parece, sin embargo, que hay otros muchos factores, no precisamente positivos, que contrarrestan el factor anterior, como son: la contribución económica de Aragón a la guerra en dinero y en hombres, las pérdidas económicas que se siguieron a la introducción de la moneda perulera y, sobre todo, la crisis agrarias debida a las devastaciones de ambos ejércitos, la descapitalización del campo a causa de la guerra, la sequía de ciertas zonas cerealísticas provoca dificultades de abastecimiento, subida de precios y hambre, y todo ello da

---

1. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «La sociedad española en el siglo XVII». C.S.I.C., Madrid, 1963, pág. 109.

lugar a que la peste, que hasta 1650 se había limitado a algunas escasas poblaciones, penetra profundamente en Aragón y devasta desde 1651 a 1654 a gran parte del reino, paralizando el comercio y provocando un alza de precios que se tratará de contener a base de tasas.

En consecuencia, creemos que el derramamiento de la plata castellana en Aragón con ocasión de la guerra de Cataluña, con ser un factor positivo importante de cara a la coyuntura del momento, no es suficiente para enderezar, aunque no sea más que momentáneamente, la crisis económica de Aragón, iniciada seguramente a fines del siglo XVI y que no hizo más que ahondarse a lo largo del siglo XVII.

La decadencia económica aragonesa de este siglo no ha sido todavía estudiada. Una contribución a ella ha sido el excelente artículo de los profesores Gregorio COLÁS y José A. SALAS sobre el servicio de 144.000 libras anuales que las cortes aragonesas de 1626 concedieron al rey durante quince años<sup>2</sup> y su repercusión en la economía aragonesa.

Aragón no se había recuperado del tremendo trauma de la expulsión de los moriscos, la decadencia de la industria textil era manifiesta y las universidades del reino estaban cargadas de censales. En estas circunstancias, aprobar la concesión al rey de 144.000 libras anuales durante quince años era suicida, porque se hallaba por encima de las fuerzas del reino. Las sumas saldrían del impuesto de las generalidades y de las sisas que se repartirán entre los consejos. Pero «el comercio no satisfacía los gastos del reino en circunstancias normales y las universidades están empobrecidas y cargadas de deudas»<sup>3</sup>.

El gravar con un 5 % los tejidos fabricados era hundir más la decadente industria textil y cargar un 10 % el comercio era hacer muy difícil la salida de los excedentes agropecuarios —cereales, aceite, lana...—, principales artículos de exportación.

Todo esto provoca una general subida de precios y sumerge a Aragón en una economía de subsistencia.

No es extraño que las sisas se recogiesen en especie, con la dificultad subsiguiente para el transporte y los inconvenientes que ello reporta para ser usado como pago a tropas que con frecuencia operan en el corazón de Europa, aunque Aragón, como país subdesarrollado, tenía una balanza comercial negativa, pues los productos agropecuarios de exportación

2. COLÁS, G.; SALAS, J. A., «Las Cortes de 1626 y el voto del Servicio», en Estudios del Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Zaragoza, 1975 (en publicación).

3. COLÁS, G.; SALAS, J. A., O. C. (en publicación).

no pueden compensar el valor de las manufacturas que se importan, lo que provoca la salida de metales y como no tiene acceso al torrente de metales preciosos que viene de América y carece de minas propias, será imposible encontrar moneda para pagar en metálico el servicio al rey y más al entorpecerse el comercio con nuevos gravámenes.

Esta penuria en metálico se verá corregida en parte en los años cuarenta de este siglo, cuando la guerra de Cataluña se desarrolla en la frontera aragonesa y el ejército y la corte lancen sobre Aragón una importante masa de dinero castellano.

Esta ventaja ya la advirtieron los contemporáneos, pues uno de los que relató el motín de los valones, precisamente el que se manifiesta más claramente castellanista y que escribe el 26 de mayo de 1643, terminada la relación del motín, añade entre otras cosas: «Aquí vienen llegando muchos castellanos, particularmente de Andalucía, de donde dicen que llegan catorce mil; los deste Reyno, con ser los más interesados en la guerra, no quieren dar más que quatro mil y tantos infantes, y aun éstos no los han levantado, y esto con que el Rey les embien el dinero y las armas para pagarlos, y armar desde Castilla. En fin su deseo es sacar el ascua con la mano del gato, y que con ocasión de la guerra *se quede la plata de Castilla en este Reyno, que sólo para esto desean que venga el Rey*, que de lo demás claramente dicen muchos que no se les da nada que entre el francés y aún no quieren que les llamen vasallos de su Magestad»<sup>4</sup> (el subrayado no es del original).

Vemos que la mayor parte del ejército procedía de Castilla y que era pagado por este reino, pero el gasto lo hacen en Aragón y la corte, que arrastraba gran cantidad de gentes, venía bien provista de moneda castellana. No obstante, nos es imposible valorar con la documentación que poseemos la cantidad de moneda castellana que en esta década se drenará hacia Aragón y las repercusiones positivas que tuvo sobre este reino, porque el aumento de la demanda es un buen aliciente para activar la economía.

#### FACTORES NEGATIVOS

- 1.º La introducción de la moneda perulera.
- 2.º La contribución de Aragón a la guerra de Cataluña.
- 3.º La crisis agraria.
- 4.º La peste.

4. B. N., Ms. 2.375, f. 8'.

1.º *La introducción de la moneda perulera.* — No todo iban a ser ventajas con la introducción de la moneda castellana en Aragón, y así tenemos que penetró moneda del Perú de baja ley, concretamente los reales de a ocho y de a cuatro, tanto nuevos como viejos, procedentes de este virreinato americano.

Desconocemos la fecha en que se inició su introducción, pero en un principio no debió despertar sospechas, hasta que posteriormente nadie la quiso admitir, entorpeciendo gravemente el comercio. Estos reales peruleros de a ocho y de a cuatro llevaban generalmente en el contorno por orla «una señal de cuentas, como de rosario o una P» u otras marcas que delataban su fabricación en el Perú. Pero como el recelo suele ser muy grande en estos casos, algunos rehusaban cobrar en reales de a ocho y de a cuatro, acuñados según su justa ley en otras cecas del reino castellano como México, Sevilla, Madrid y Cuenca, lo cual impedía el normal funcionamiento del comercio.

El rey escribió dos cartas a la ciudad de Zaragoza, una el 24 de diciembre de 1650 y otra el 13 de enero de 1651, pidiéndole que procure poner remedio a esta situación, advirtiéndole que la baja ley es tanto de los reales nuevos como viejos.

Tras varias juntas de personas entendidas se llegó a la resolución de retirar la moneda perulera susodicha del comercio y, en consecuencia, se prohibió su curso y se pasó a recogerla, fundirla y volverla a acuñar en la ley y valor que teóricamente debía tener, conforme a su nombre de real de a ocho o real de a cuatro.

La forma como se determinó llevar a la práctica era «que todas las personas que truxeren esta cantidad de cinquenta reales de a ocho a la Lonja de nuestras Casas de la Ciudad, contribuirles, y darles el intrínseco valor que consta tener dicha moneda, por relación de peritos que avrá nombrados (precediendo primero juramento para ello). Y si la cantidad que manifestaren excediere de dicha suma de cinquenta reales de a ocho, se hará fundición dellos a toda satisfacción (con intervención de la parte, si quisiere asistir) por los Ministros, Oficiales y demás personas nombradas para su asistencia, y fábrica, y se corresponderá a sus dueños, con la cantidad, y valor intrínseco que tuviere, dándoles otra tanta moneda labrada de lei, como montare la moneda en masa que entregare, dándola y recibéndola por peso»<sup>5</sup>.

---

5. Pregon hechos sobre la disposición de la moneda, 1651. Encontrado impreso en la biblioteca de la Audiencia de Zaragoza.

Treinta días de plazo se dio a partir de la publicación del presente pregón para que la gente declare y registre en la Lonja y en las Casas de la Ciudad todos los reales de a ocho y de a cuatro que tuvieren del Perú.

Para valorar las pérdidas que, aparte de los impedimentos al comercio, produjo todo esto, habría que saber, por una parte, en cuánto faltaban a la ley los reales primeros y la cantidad que se recogieron de ellos.

Ambas cosas las desconocemos, y aunque llegásemos a saber la cantidad que de ellos se recogieron, habría que tener en cuenta que el pregón sólo se referiría a Zaragoza y sus barrios y sería posible que se hiciese otro tanto en otras ciudades de Aragón. Todavía en 1654 encontramos alguno de estos reales peruleros en la caja del concejo de Jaca.

No obstante, hay que tener en cuenta que la mayor aportación de plata procede del Perú, aunque no toda se acuñase en este virreinato, ni toda fuese de reales de a ocho o de a cuatro, por lo que una proporción importante de la moneda castellana que durante la década de los cuarenta se derrama en Aragón es la moneda perulera de baja ley.

Más tarde, cuando Zaragoza exponga sus males al rey, dirá que esta ciudad se halla «menoscabada con la introducción de la moneda perulera»<sup>6</sup>.

2.º *La contribución de Aragón a la guerra de Cataluña.* — Falta indudablemente un estudio de la contribución de Aragón a las empresas militares de Felipe IV y en especial a Aragón ante la guerra de Cataluña y las consecuencias económicas de las contribuciones en hombres y dinero y de la presencia de la guerra en sus mismas fronteras.

Esta aportación aragonesa no fue ni mucho menos cicatera, aunque no llegase a los extremos de Castilla, que sirvió hasta deshacerse a una política dinástica que no representaba ni mucho menos sus legítimos intereses.

Aragón comienza a contribuir a los gastos de la Monarquía austríaca de Madrid con ocasión de la «Unión de Armas» proyectada por el conde-duque de Olivares. En las cortes de 1626 los aragoneses votaron un servicio al rey de 144.000 libras anuales durante quince años, desde 1628 a 1643.

El servicio salía del impuesto de las generalidades y de las sisas impuestas en los concejos de todo el reino. Según parece, nunca se satisfizo puntualmente este servicio, pues la cantidad de dinero era muy elevada

6. Memorial de la ciudad de Zaragoza, Felipe IV, en A. M. Z., caja 24, pág. 17.

y las cosechas no siempre eran regulares. Al cobrar el servicio en especie se retrasa su recogida, por lo que la corona sólo «recibió puntualmente las sobras del General y el dinero procedente de las universidades que habían hecho su servicio en dinero más aquella parte de los productos de los concejos que se había conseguido vender»<sup>7</sup>.

Como los apuros del rey eran grandes y el servicio se retrasaba, Zaragoza cargó varios años con los censales correspondientes, cobrándose después del servicio<sup>8</sup>.

Pero la aportación de Aragón a los Austrias de Madrid no terminó en 1642, pues no parece que disminuyesen las cantidades dadas por Aragón. «Dormer evaluaba en cinco millones de libras la contribución de Aragón entre 1640 y 1646 por estos conceptos»<sup>9</sup>. Como vemos, parte de esta cantidad corresponde a lo votado en las cortes de 1626 y la cifra parece demasiado elevada, aunque se añada al sueldo de las tropas, el pago de los alojamientos. En 1646 Aragón sirvió con 3.000 infantes en el socorro de Lérica.

En 1646 hubo nuevamente cortes con asistencia de S. M. y se aprobó el servir al rey «con dos mil Infantes en dos tercios fixos de veinte Compañías, con sus Maesse de Campo, Sargentos mayores, Capitanes, y demás Oficiales, Veedor, Contador, y Pagador, y sus Oficiales, que éstos ayan de ser todos Aragoneses, si se hallare tanto número y si no que sean Españoles, pagados a razón de dos reales cada día todo el tiempo que estuviesen en campaña y a todos los oficiales se les dé la paga entera; y en el tiempo que estuvieren en presidios, o guarniciones se les pagará a razón de tres sueldos cada día, y a los Oficiales de la primera plana de los tercios la paga entera, y a los demás dos tercios de paga, y que su Magestad les haya de dar las armas, pan de munición, y municiones en campaña y en Presidios»<sup>10</sup>.

Sin contar los mandos saldrían al año entre 292.000 y 219.000 libras por los 2.000 infantes pagados a lo largo del año. La primera cifra por estar los 365 días en campaña y la segunda por residir en las plazas del reino durante el año entero. Pero el sueldo diario que se quita a los infantes por estar en retaguardia se pierde al dar dos reales diarios a cada uno de los quinientos soldados de caballería que quedarán en la frontera para defensa del reino.

7. COLÁS, G.; SALAS, J. A., O. C. (en publicación).

8. COLÁS, G.; SALAS, J. A., O. C. (en publicación).

9. LACARRA, J. M., «Aragón en el pasado», Espasa-Calpe, Colección Austral, número 1.435, Madrid, 1972, pág. 199.

10. B. N., Ms. 2.377, f. 416.

En consecuencia, suponiendo que los 2.000 infantes se mantengan todos los días del año, sin contar los jefes, a Aragón le supondría por pagarlos 292.000 libras. Cifra doble que la votada por las cortes de 1626.

El motivo de una soldada tan elevada es facilitar su recluta y buscar una mayor combatividad de las tropas reclutadas por Aragón.

Y aun así no parece que estuviesen muy seguros de encontrar un número suficiente para alcanzar los 2.000 infantes, pues se da poder a las «universidades de compeler a las personas que les pareciere, con que para el nombramiento ayan de asistir una persona de cada uno de los Braços, que se hallaren en la tal Universidad con voto decisivo, no pudiendo competir a los que están exentos por naturaleza»<sup>11</sup>.

Con este servicio Aragón quedará libre de todo género de alojamientos y si por cualquier motivo los hubiere cesará el servicio<sup>12</sup>.

El servicio será por cuatro años si tanto dura la guerra de Cataluña y se acabe con la guerra si ésta terminase antes, sin tener en cuenta los condados de Rosellón y Cerdaña.

El servicio comenzará el 21 de noviembre de 1646.

En su financiación se incluyen las 200.000 libras que se dan al rey por celebrar cortes en el reino. El resto, que es la mayoría, se obtendrá del residuo de las generalidades y de las sisas. Como el primer año el residuo de las generalidades se empleó en el pago de los 3.000 infantes con que Aragón acudió en socorro de Lérida, se sacará el servicio del primer año de los repartimientos que se harán a las universidades, las cuales pagarán el servicio en tres partes iguales; la primera paga el 21 de marzo de 1647, la segunda el 21 de julio y la tercera el 21 de noviembre del mismo año. A partir de esta fecha entrará en juego lo que sobra del impuesto de las generalidades, que se aumentará mientras durase el servicio en un 3 %.

¿Cómo se cobró el servicio? No hay estudios por el momento, pero creemos que no se encontró tantas dificultades para hallar moneda como en el servicio de las cortes de 1626.

Para repartir con equidad las cargas se mandó hacer nueva fogueación ya según la investigación del año 1495, son muy desiguales, por la disminución de los fogages que la expulsión de los moriscos y otras incele-

11. «Voto del Servicio de los cavalleros e hijosdalgo hizo a S. M.», en B. N., Ms. 2.377.

12. «Fueros y observancias del Reyno de Aragón», mandado imprimir en Zaragoza en 1667, f. 279'.

mencias de los tiempos han causados en unas y por los aumentos de otras <sup>13</sup>.

Sin embargo, este censo, que se debía elaborar en tres meses, apareció en 1650, año en que debía terminar el servicio.

A partir de 1651, la guerra se aleja de Aragón y la peste se extiende por buena parte del reino y desde la peste de 1652, cuando Barcelona había caído en manos del ejército de S. M. Católica y Zaragoza y gran parte del reino habían quedado arruinados por la peste, no sacarán ni un solo soldado para hacer frente a la nueva invasión francesa que se produce en 1653.

Nos resulta difícil contabilizar los donativos de Aragón a lo largo de toda la guerra de los treinta años. Zaragoza sí que hace un resumen de los servicios que ha hecho a Felipe IV en la carta memorial que tratamos en Estudios del Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Zaragoza de 1974, en el artículo titulado «Disputas entre Zaragoza y Felipe IV en 1653». La ciudad acaba este memorial exponiendo que «representa a V. M. las numerosas levadas que desde el año 1630 ha hecho para Italia, Fuente-Rabía, Salsas, la Castellanía, socorro de Monzón, Fraga, Flix y sitios de Tortosa, Lérida y Barcelona, de más de doce mil infantes pagados, y socorridos a su costa, sin los cuatro tercios de mil y quinientos cada uno formados de sus vecinos, que sirvieron por meses para defensa del Reino empeñándose la ciudad, en más de seiscientos mil ducados, para la conducción de tanta gente, y en distintas ocasiones ha servido a V. M. graciosamente con cuarenta y siete mil, y en varios empréstitos con un millón, y a los proveedores de los Reales Ejércitos de V. M. para que estuviessen abastecidos, con veinte mil cahíces de trigo» <sup>14</sup>.

Habría que distinguir entre los servicios anteriores a 1640 y los de 1640-1651. Los primeros el dinero que se saca va a parar a otros reinos y no se queda en Aragón, salvo el contingente no muy numeroso que guarnece la frontera pirenaica después de la entrada en guerra de Francia en 1635. Lo recogido a partir de 1640 hasta 1651 queda en buena parte en el reino y aun mucho más, pues hay muchas más tropas en Aragón que las que paga este reino, porque la guerra está en sus fronteras. Es decir, a partir de 1640 el dinero que Aragón daba a sus tropas se quedaba en buena parte dentro de sus fronteras, además de la moneda castellana que el ejército y la corte dejaban en Aragón. Es decir, el servicio no produce una desmonetarización del reino, pues las tropas se alimentan y

13. «Fueros y observancias...», f. 280'.

14. Memorial de Zaragoza a Felipe IV, en A. M. Z., caja 24, pp. 16-17.



mantienen sobre el reino, volviendo de nuevo de alguna manera a los que las habían pagado a través de la venta de los productos aragoneses a las tropas.

3.º *La crisis agraria.* — Pero no todo iba a ser ventajas con la permanencia de la guerra en sus fronteras. Las tropas asaltan por los caminos a pasajeros y comerciantes, llegando incluso a darles muerte<sup>15</sup>, con lo que el comercio se retrae en época de guerra.

Pero es que, además, va a colaborar en la crisis agraria a la que tanta importancia concede DOMÍNGUEZ ORTIZ: «Considero que el punto flaco de recientes y meritísimos trabajos sobre historia económica española reside en conceder primordial interés a las fases coyunturales ligadas al comercio exterior y a los movimientos de metales preciosos que afectaban en alto grado a un corto número de plazas comerciales, pero poco o nada a las grandes masas de un país eminentemente rural; para ellas, lo esencial era obtener abundantes cosechas; entonces, la prosperidad de los medios rurales se reflejaba en todos los aspectos de la vida nacional: los tributos se pagaban sin dificultad, los artesanos tenían encargos, los señores y preladados cobraban sus rentas (no olvidemos que lo esencial de las rentas eclesiásticas estaba constituido por los diezmos de los productores agropecuarios) y podían hacer grandes inversiones. Lo contrario ocurría, naturalmente, en caso de malas cosechas. Si éstas se sucedían, el efecto acumulativo era de tremenda intensidad»<sup>16</sup>.

Los factores de la crisis agraria son:

- a) las devastaciones de las tropas;
- b) la descapitalización del campo y la pérdida de fuerza laboral;
- c) las condiciones climáticas.

a) *Las devastaciones de las tropas.* — Estas devastaciones afectaron fundamentalmente a la frontera, donde chocaron los ejércitos de los reyes de Francia y España, pero no exclusivamente a ella. Basta releer las cartas responsivas que sobre el particular envían las poblaciones de Aragón a los diputados del reino.

Testimonio muy explícito es el de Joseph Estiche, que escribe en 1655: «De las guerras lo son casi todas las Provincias de Europa, pues en

15. COLÁS, G.; SALAS, J. A., O. C. (en publicación).

16. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «La crisis de Castilla en 1677-1687», en «Crisis y decadencia de la España de los Austrias». Así el quincenal núm. 14, 2.ª edic. Barcelona, 1971, p. 200.

pocos siglos se vieron más en el mundo, y harto lo llora nuestro Reyno de Aragón en sus fronteras asoladas, con la vezindad e invasiones de Catalanes y Franceses.

De donde se ha seguido la hambre, no solamente en Plaças cercadas, sino en muchos lugares destruídos por amigos y enemigos; pues ha sucedido muchas vezes en estos doze años, tener ya la mies de sazón para echarles la hoz, y venir la cavallería, o Francesa, o Española, y talarlo todo: la una para hazer daño, la otra para el forrage y sustento de sus cavallos»<sup>17</sup>.

Abundan las quejas al rey por los abusos de las tropas que se alojan en Aragón. En una carta de los diputados de Aragón dirigida al rey y fechada en Zaragoza el 26 de junio de 1640, aquéllos hablan de los trabajos, calamidades y miserias en que se ve Aragón por el alojamiento y mantenimiento de tropas siendo contra fuero y leyes del reino y de los abusos en vidas, haciendas y honras, pues la tropa es capaz de asolar en ocho días un lugar muy grande, de modo que sus vecinos se vean obligados a dejar sus casas e irse peregrinando por los caminos. Por fin termina: «Ha llegado este Reyno al último estado, porque lo padecen todos los estados, por no poder las Universidades pagar los Censales, que es el sustento de las Iglesias, Monasterios, y casi todo el estado del Reyno, assí eclesiástico como seglar»<sup>18</sup>.

El rey contesta al mes siguiente a los diputados comunicándoles que a pesar del apuro en que está su hacienda enviará puntualmente todos los meses los pagos a la infantería y a la caballería y que ha ordenado a los «Cabos» que tomen medidas para que las tropas no sean carga a la población civil; pero que los diputados vigilen que los precios del sustento de soldados y de los caballos no superen las soldadas, para que así no haya motivo de desórdenes<sup>19</sup>.

No parece que las cosas se resolviesen, porque hay un nuevo memorial de los diputados que por el contexto es del año 1641 —«el año viniente, que será el último de los quinze del Servicio que aquel Reyno ofreció a V. Magestad»— y en el que nuevamente se quejan de los desafueros de las tropas, de los gastos que les producen, pues no se contentan con lo que se les debe dar ni con la comida que se les da, sin estar obligado el reino a ello, sino que exigen dinero en cantidades exorbitantes y malogran los productos del campo y los lugares se despueblan, consumiendo hasta

17. ESTICHE, J., «Tratado de la peste de Çaragoça en 1652», Zaragoza 1655, p. 36.

18. Biblioteca de la R. A. de la H., D-93, 9-5703, 9-14.

19. Biblioteca de la R. A. de la H., D-93, 9-5703, 15.

los frutos del servicio. Las universidades están arruinadas por el servicio, pues representa «tan grande cantidad de dinero, que imaginada pareció imposible» y en verdad con este donativo, los alojamientos y demás cargas «queda aquel Reyno del todo exausto y consumido y en el último aliento y respiración lo representa a V. Magestad con lágrimas y vivos sentimientos»<sup>20</sup>.

En fin, como vemos, las tropas con frecuencia no sólo dejan dinero, sino que frecuentemente esquilman la población, arrebatan las cosechas y despueblan los lugares.

b) *La pérdida de fuerza laboral y la descapitalización del campo.*—El número de hombres con que Aragón sirvió a S. M. debió ser importante, más que por el número, por el gasto que representaba y por el tiempo que se les mantuvo en armas.

Aragón sirvió con 2.000 hombres pagados a su costa durante quince años en las cortes de 1626 o con la paga de 2.000 infantes. En el artículo de los profesores COLÁS y SALAS nada se dice si Aragón puso en pie de guerra esos 2.000 hombres, pues se atienen sus autores exclusivamente a la paga. Es una cuestión que nosotros no hemos estudiado. Sabemos que en un principio los Austrias contaron con tropas, pero con el tiempo, al aumentarse los hombres y escasear por bajas los más valerosos, la penuria de hombres fue tan grande como la de metálico. Es, por tanto, una hipótesis que habrá que comprobar, pero es verosímil que en un primer momento Aragón contribuyese con dinero que se trasladaba a pagar a las tropas profesionales que combatían en el corazón de Europa, pero en un segundo momento, cuando los hombres escasearon, Aragón se vio obligado a reclutar tropas que tuvo que pagar.

De todos modos, en una carta ya citada de los diputados aragoneses al rey, del 26 de junio de 1640, y en ella se dice que «este Reyno está tan falto de gente, a causa de tantas levas y servicios que se ha hecho a V. Magestad»<sup>21</sup>.

Los años siguientes, en que Aragón se vio atacado, se hizo un mayor esfuerzo de hombres que habría también que evaluar y sobre el que carecemos por el momento de documentación. Así, en 1646 Aragón sirvió con 3.000 infantes y a partir de este año con 2.000 infantes. Estos serán aragoneses si se hallaren, y si no, españoles.

20. Biblioteca de la R. A. de la H., D-93, 9-5703, 9-12.

21. Carta de los diputados al rey de 16 de junio de 1640, en Biblioteca de la R. A. de la H., D-93, 9-5703, 14.

Las universidades pueden reclutar a todas las personas que les pareciese, a juicio de una junta de cuatro personas, una de cada brazo<sup>22</sup>.

De todos modos, en la época en que se invade Aragón, además de las tropas con que Aragón contribuye, muchos municipios enviaron tropas pagadas a sus costas.

Ya sabemos que frecuentemente sólo se elegían los pobres, que en la mejor ocasión desertaban, y que el ejército careció de calidad. Si tenemos en cuenta estos soldados y los que viven en torno al ejército, sirviéndole con carros y animales de tiro, es una fuerza laboral que se resta al campo; aunque no sea muy numerosa, contribuye a que disminuya la inversión trabajo de quienes, por estar en la plenitud de sus fuerzas físicas, es de esperar un mayor rendimiento, e incluso se añade que «los miserables vezinos por no dexar a sus mugeres, e hijas (expuestas a las licenciosas libertades de los soldados, ni aver quien los refrene y castigue) no se atreven a desamparar sus casas, ni acuden a recuperar su forçoso sustento, ni a la cultura de la tierra, y esperança futura, teniéndolo todo por menor daño, que padecer en su honor»<sup>23</sup>.

Si a esta disminución de brazos en el campo se añade la descapitalización agraria, el efecto se multiplica y las consecuencias pudieron ser apreciables.

Así, el memorial que los diputados de Aragón mandan a S. M. el 1 de septiembre de 1642 es ilustrativo a este respecto. En primer lugar, se comienza por decir que Aragón se encuentra «con grande disminución de carros, y bagajes, por los embargos que se han hecho dellos por los ministros de V. Magestad assí quando entró al exército en Cataluña a cargo del marqués de los Vélez, como últimamente quando entró con don Pedro de Aragón, llevándoles a los naturales deste Reyno todos los carros y bagajes que fueron necesarios para dichas expediciones, los quales se perdieron todos, sin que se les aya hecho ninguna recompensa a sus dueños»<sup>24</sup>.

Por esta razón Aragón no puede cumplir lo que Felipe IV, en carta dada en Cuenca el 24 de junio de 1642, pide a las universidades; y es que sirvan con todos los carros y «bagajes» que fuesen necesarios para que entrase el ejército en Cataluña y que lo pagasen tres meses a su costa.

---

22. B. N., Ms. 2.377.

23. Los diputados a S. M., en Biblioteca de la R. A. de la H., D-93, 9-5703, 9-12.

24. Los diputados a S. M., del 1 de septiembre de 1642, en Biblioteca de la R. A. de la H., D-93, 9-5703, 13.

Por la razón anteriormente expuesta, este reino no puede acudir con los carros y tiros necesarios par poder servir al ejército, pero que las universidades harían todo lo que pudiesen de acuerdo a sus fuerzas.

Reunidas personas peritas y experimentadas, se acordó pedir a los lugares el número de carros que se viese podían enviar, prometiendo que a las poblaciones que lo hiciesen ni a sus habitantes se les embargaría carros ni «bagajes».

Se dio un bando conforme a este tenor y muchas ciudades y lugares enviaron los carros y animales de tracción que les correspondían conforme al repartimiento. Pero, no bastando, los ministros reales hacen embargos de carros y acémilas, violando de este modo la promesa real que se les dio a quienes cumpliesen con el repartimiento. Es cierto que se les promete a los embargados un salario, pero éste cesa rápidamente y sus dueños se vuelven a sus haciendas sin sus acémilas y carros.

Esto de sacar animales fuera del reino es contrafuero y trae pésimas consecuencias económicas, pues de este modo cesa el comercio y así tenemos que nadie quiere aprovisionar Zaragoza, por miedo al embargo, y nadie quiere tener carros, pues se procede inmediatamente al embargo, por lo que en lugares que en 1638 tenían cien carros, hoy no hay ni seis <sup>25</sup>.

Aunque los diputados exagerasen en sus quejas, no cabe duda que la descapitalización del campo fue clara y que incidía sobre un medio al que se le habían sustraído brazos para el trabajo y todo esto, unido a las exacciones, devastaciones y malos años, traerán consecuencias fatales para el reino.

c) *Malas condiciones climáticas.* — DOMÍNGUEZ ORTIZ hace referencia a que durante este siglo las condiciones climáticas no fuesen favorables a la agricultura española, aunque este punto debe ser examinado y verificado con cuidado.

En lo que se refiere a Aragón, se habla con frecuencia de malos años para la agricultura, sequía, esterilidad, malas cosechas, que tal vez puedan relacionarse con adversas circunstancias meteorológicas.

Pero ningún testimonio es tan explícito como Joseph Estiche «La sequedad ha sido tan lamentable que se tiene por cosa de milagro no haberse despoblado los Monegros, Almudébar, Buxaraloz y otros lugares, que solían ser el granero de Aragón y no han cogido lo que sembraron; y si a hombros no traían agua de Cinca o Hebro, distantes a cinco, y seis leguas, era forçoso beberla podrida de balsas o salobre de poços» <sup>26</sup>.

25. Idem.

26. ESTICHE, J., O. C., págs. 36-37.

Desconocemos las fechas exactas de todo esto, pero el momento culminante debió estar a fines de los años cuarenta, 1650 y, sobre todo, 1651, cuando la ciudad no puede abastecerse ni tampoco el reino, hay escasez de trigo y el virrey clama para que se envíen granos de Castilla <sup>27</sup>.

La carestía traerá una notable alza de precios que se analiza en la tesis que se halla a punto de ser presentada. Los especuladores tratarán de subir los precios en beneficio exclusivo de ellos.

4.º *La peste.* — Esta crisis agraria se agudiza cuando la guerra se aleja de Aragón y el rey no vuelve y, por tanto, se cierra el acceso a la moneda castellana, factor positivo de los años cuarenta, y así se prepara el terreno para que la peste, que hasta el momento se ha cebado solamente en escasos núcleos de poca entidad de población, se extienda a muchas poblaciones —entre ellas Huesca y Zaragoza— y zarandee y asole buena parte del reino hasta 1654. Este punto queda para ser expuesto con detalle en la tesis y en este breve artículo no vamos a exponer.

Pero sus consecuencias serán muy importantes ya que sumirán a Aragón en profunda crisis por los gastos que ya de por sí acarrea la peste, por la extinción del comercio debido al recelo que la peste provoca; por lo que el dinero recogido por las generalidades del reino es inexistente, incapaz de hacer frente al pago de censales que el reino tiene que pagar y de los salarios a los ministros de Aragón. Además la falta de mano de obra traerá una elevación de los precios que Zaragoza tratará de detener mediante tasas.

En otras palabras la coyuntura aragonesa parece a mitad del siglo XVII decididamente adversa. Aragón era un reino pequeño, pobre y subdesarrollado y por tanto con salida de moneda y sin que pudiese canalizar hacia él nada del torrente metalífero de América y sin minas propias. El servicio de 144.000 libras que se votó en las cortes de 1626 hizo salir la poca plata que hubiese en el reino, ya que los asientos había que hacerlos fuera del reino. Todo esto cambia en los años cuarenta cuando la corte y el ejército castellano residen en Aragón con cierta frecuencia, lo que supone un portillo hacia la moneda castellana y americana, pero que no nos parece suficiente para paliar los nuevos servicios al rey, las devastaciones que en el reino se producen, la pérdida que se da en el reino con la introducción de la moneda perulera y, sobre todo, con la crisis agraria producida por destrozos de los ejércitos, la pérdida de brazos, la descapi-

---

27. MAISO, J., «Noticias de la peste de Zaragoza de 1652». *Estudios de Historia Moderna*, Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, 1973, pág. 21.

talización del campo y, sobre todo, las adversas condiciones meteorológicas que tienen su punto culminante cuando la guerra se aleja de Aragón y el rey no vuelve y que traerá la devastación del reino por la peste que sumirá a Aragón en una de las crisis más importantes de su historia en la Edad Moderna.

Naturalmente que sería preciso estudiar todos estos puntos con detenimiento cuantificando en lo que fuera posible todos los factores que influyen en la cualificación de la coyuntura económica de Aragón en este momento, pues todo lo hasta ahora expuesto han sido únicamente indicios.

#### EL MOTÍN DE LOS VALONES DE 1643

La matanza de valones de 1643 es una evidencia más de la crisis económica que caracteriza a Aragón en estos momentos.

En efecto, la campaña de 1642 fue adversa a pesar de las esperanzas que se habían puesto en que se podría recuperar Lérida. Para colmo de males, el miércoles primero de cuaresma de 1643 se produjo la ruptura del puente de piedra y derribó el puente de tablas debido a una inundación que quebrantó también muchos edificios y produjo diversas muertes.

Las consecuencias fueron muy importantes porque muchos zaragozanos tenían sus tierras al otro lado del río y buena parte del aprovisionamiento de la ciudad se traía de lugares situados a la izquierda del Ebro. Hubo que restablecer la comunicación entre ambas orillas mediante barcas y se pone manos a la reedificación de ambos puentes. En estos menesteres se había gastado el 23 de noviembre de 1643, 24.450 L. 9 s. 9, y como la ciudad estaba exhausta a causa de los grandes y excesivos gastos que tenía en el envío de gran cantidad de hombres en defensa del reino invadido, hubo de ponerse sisas que suponen un impuesto indirecto que grava los artículos alimenticios de primera necesidad <sup>28</sup>.

En este momento de crisis general, los ramalazos e iras populares suelen ser terribles. En la crisis de la Baja Edad Media, las tensiones e iras populares se descargaron sobre los judíos. Ahora no es posible, no hay judíos, ni siquiera moriscos sobre los que poder liberar los ánimos oprimidos y hacerles culpables de su situación.

Pero dos días antes de la Ascensión, llegaron 300 valones a Zaragoza para engrosar el ejército que partiría hacia la frontera catalana y que

---

28. «Cuentas de lo que se gasta en barcas y en reedificación de los puentes de tabla y de piedra», del 23 de noviembre de 1643, en A. M. Z., caja 72.

dirigía don Felipe de Silva. Doscientos de ellos se alojaron en el arrabal y los otros cien, por ser de más rango, se esparcieron por la ciudad.

En éstos se descargaría el furor popular porque eran extranjeros y seguramente muchos eran de lengua francesa como los odiados inmigrantes que prosperaban por Aragón desde muchos años atrás.

En la Biblioteca Nacional existen dos narraciones de los sucesos. Una hecha por un fraile de un convento de marcada tendencia castellanista y otra más neutral y que para nada alude a la debilidad con que se gobierna a Aragón o al atrevimiento y descaro con que crecen los aragoneses como expone el de matiz castellanista.

En cuanto al momento, las dos narraciones están conformes que fue entre las tres y las cuatro horas de la tarde<sup>29</sup>, es decir, cuando se decían vísperas en el Pilar el día de la Ascensión<sup>30</sup>.

En cuanto a los motivos próximos que desencadenaron la matanza, los dos parecen aludir a los mismos hechos pero son interpretados de distinta manera. El fraile castellanista reconoce que un soldado trató de arrebatar un poco de carne a un villano, pero se apresura a añadir que no la llegó a quitar; que un soldado sustrajo una o dos lechugas a una villana, pero que ésta le dijo a continuación los más desvergonzados improperios que imaginar se puedan, y que unos estudiantes se permitieron tocar las armas que estaban arrimadas en el cuerpo de guardia y un capitán que lo vio amonestó por ello al soldado de guardia. Esto sería fatal porque más tarde un hombre que pasaba con una carga sobre una cabalgadura se arrimó a las armas sin darse cuenta y echó a rodar todas las armas; entonces el soldado le dio dos golpes con la caña que llevaba en las manos, diciéndole que se fijase en lo que hacía y el villano sacó una daga y se dirigió hacia el soldado, por lo que intervinieron los estudiantes lanzando piedras a los soldados y éstos les persiguen y obligan a subir a la barca y un soldado, no pudiendo sufrir tanta insolencia contra el orden militar, les disparó un mosquetazo que hirió en un brazo a una mujer que iba en la barca y agarrándose a otra que iba a su lado, ambas cayeron al río, pero añade que fueron sacadas y que las dos viven.

El fraile castellanista parece mejor informado aunque se ve claramente parcial en su interpretación. En la otra narración los hechos aparecen un tanto imprecisos. Se habla de que unos soldados intentaron coger unas lechugas a una mujer y de que algunos —no dice que fueran estudiantes— rodearon al cuerpo de guardia y les tocaron sus armas, por lo

---

29. B. N. Ms. 2.375, f. 9.

30. B. N. Ms. 2.375, f. 5.



que se armó una pendencia entre los paisanos y los valones, por lo cual aquéllos tuvieron que escapar en barca a la derecha del Ebro; pero uno de los soldados disparó su arma e hirió a una mujer de la barca y a un hombre, cayendo al agua algunas otras personas, de las que agarraron, y añade sin mucha convicción: «y se ahogaron tres, según la opinión más probable».

Y así comenzó la matanza de valones.

Para escapar de la furia popular, los valones se refugiaron en el convento franciscano de Jesús, pero el pueblo asaltó la iglesia y en ella dio muerte a diecisiete valones, algunos abrazados a los santos y uno al Santísimo; por otras dependencias del convento mataron otros diecisiete. Sin embargo los refugiados en la sala capitular del convento no parece ser que fueran asesinados, porque «la plebe» no llegó hasta ellos.

Por las calles y huertas del arrabal llegaron a matar a doce valones, tres de ellos estaban dormidos y uno junto al desembarcadero, al que atravesaban con sus armas todos los que desembarcaban.

En la ciudad, a la derecha del Ebro, mataron a unos por las calles, no sirviéndole el huir de las masas. Uno de ellos que se encontraba enfermo y andaba apoyado en una caña, y que de rodillas les pedía la vida, fue también asesinado. En las casas particulares y conventos de este lado de la ciudad murieron también muchos, sobre todo en el convento de San Agustín, actual cuartel de la calle de San Agustín. No obstante, algunos franceses y diversos conventos llegaron a salvar a más de cincuenta valones. Iban tan ciegos y sedientos de sangre que alguno, por ir vestido de forastero, fue también muerto ante la mirada del arzobispo don Pedro Apaolaza, que veía la escena desde la ventana.

Enterado el pueblo que había valones en la cárcel de la Inquisición, acudieron en tropel a pedir que se los entregasen. Pero los castellanos y los inquisidores les intentaban convencer de que no había ninguno, cuando unos relámpagos les cortaron la cara y creyéndolo castigo por el desacato a la Inquisición, se retiraron. No sabemos si eran valones o si la mayor parte de ellos eran alemanes, pero les esperaban detrás de las puertas con dos piezas de artillería, por si «la plebe» forzaba la entrada.

Según la narración no castellanista, los valones muertos fueron sesenta, y otros veinte muy malheridos.

El comportamiento de las autoridades dejó bastante que desear, en versión del fraile castellanista que nos narra los hechos, así el jurado quinto corrió por la ciudad a caballo gritando que tomasen las armas, cerrasen las puertas y las mujeres arrojasen piedras desde las ventanas.

El virrey pasado al arrabal, y en medio de las masas alborotadas, se puso de parte de la plebe, animándoles a que matasen a los valones.

La otra versión no castellanista explica cómo el virrey de Aragón, el conde de Castelflorit y otros caballeros, trataron de sosegar el tumulto en el arrabal. Mientras los señores del Consejo, Jurados y Ministros, el duque de Villahermosa y otros caballeros acudieron a detener la furia popular ante la cárcel de la Inquisición.

Los dos testimonios están de acuerdo en que la matanza corrió a cargo de las masas populares, o la gente de la tierra y el de la versión no castellanista añade que ningún «hombre de capa negra no hubo que no procurase estorvar los daños».

El motín tuvo un cierto matiz social y no faltaron las amenazas a las mismas autoridades aragonesas, incluido el virrey, al que comunicaron que mirase cómo gobernaba porque de lo contrario harían lo mismo con él que lo que habían hecho con los valones.

En cuanto a la motivación profunda del motín, el fraile castellanista lo reduce a la blandura del gobierno y a la arrogancia con que se crían los aragoneses; mientras la otra versión justifica las primeras muertes de los valones, porque habían hecho grandes males en los lugares por los que habían pasado, y en las mismas huertas de Zaragoza, ya que hacía más de diez días que no les pagaban el sueldo. Y los labradores que sufrían sus robos se vengaron cruelmente de ellos.

Aun reconociendo estos hechos, concluimos que la causa profunda del motín están en la tremenda crisis económica que atraviesa Aragón, y Zaragoza en particular, y las masas se liberaron de sus estrecheces y de sus dificultades con la matanza de los soldados, que eran extranjeros y que seguramente hablaban francés, como los odiados inmigrantes que desde hacía tiempo prosperaban en Aragón.